

El arrebató - La corrupción

—¡Cómo cantan! —Víctor Fuertes se contorsionó hasta alcanzar un pie. Se quitó un calcetín, lo tiró y quedó pegado en el techo. Se levantó dando trompicones hasta el cuarto de baño, andando a la pata coja mientras se deshacía del otro calcetín. Entró precipitadamente —¡dame fuerzzz, la cooooo ahggg uhff!— y mucho más relajado comenzó a pensar en su situación, en cómo había llegado hasta el extremo de haberse implicado en un secuestro con una panda de inútiles que ahora no aparecían por ninguna parte, que se habían acojonado absolutamente al ver que la cosa no se resolvía con la rapidez que ellos hubieran deseado y que, cada vez más nerviosos por la situación, se habían ido alejando progresivamente del marrón con vagas e increíbles excusas y, bueno, era lo que había, de momento allí seguía Víctor, intentado tranquilizar los días que comenzaban a lastimarle, esperando el dinero que habían pedido por el rescate de Zeus, un mastín propiedad de uno de los magnates de los helados más ricos de la isla, un tipo huraño y extravagante que tenía al perro en palmitas y que, a buen seguro, no le iba a importar pagar un buen pico por el bicho...

Todos se habían puesto de acuerdo en el plan, pero el rescate no llegaba. Habían dejado ya varias notas solicitando el mismo: una en el cepillo de la Iglesia próxima a la finca del heladero, otra dentro del confesionario, una carta certificada, con remite falso, a la dirección del heladero con veladas amenazas sobre el futuro del perro, otra en el parabrisas de su coche, pero hasta el momento ninguna parecía haber surtido efecto.

Víctor estaba tan cansado de esperar que hasta había previsto quedarse con el perro y convertirlo en el báculo de su vejez. Había dejado su trabajo en el radiofaro pensando que estaba ante el negocio de su vida y ahora se encontraba en paro, sin mucho dinero y compartiendo su cama con un puto perro que desde el primer día se había negado a dormir en ningún otro lugar.

Harto de esperar y aterrado con la posibilidad de que la policía diera con el paradero del can, tomó la determinación final de abrir la puerta para dejar salir al animal, pero este, lejos de aprovechar la oportunidad de verse liberado para escapar de allí, se tumbó sobre su espalda, agitó las patas y lanzó un alegre ladrido. Víctor decidió entonces que el que se marcharía sería él.

Salió a la calle, bajó la cuesta y siguió por la orilla del paseo marítimo, buscó una cabina de teléfono y se dispuso a llamar a la policía.

—Oiga, sí, ¿la policía? Mire, es que ha entrado un mastín en mi casa y se ha acostado en mi cama y no sé qué hacer. ¿Podrían venir ustedes o los de la perrera o alguien a sacarlo de allí?



Amanecía cuando Víctor Fuertes despertó después de un sueño agitado. Al levantar la cabeza vio la forma convexa de su vientre. Había engordado durante el encierro casi más que el perro, pero aún podía verse, allá a lo lejos, sus propios calzoncillos. Unos calzoncillos chinos de lycra serigrafiados con un frágil paisaje, muy al gusto oriental, con una montaña al fondo sobresaliendo por encima de todas las demás, tamizada con una capa de brumas y nubes, y una explanada en el primer plano, donde, a vista de pájaro, parecía adivinarse el espectáculo de unos domadores de caballos haciendo corbetas y otras filigranas con unos hermosos ejemplares de crines blancas y grises al viento, mientras algo más lejos un carro serpentea entre el baldío y una modesta cabaña; junto a ella,

unas extrañas ruinas se obstinan en no desaparecer entre la hierba. El paisaje se interrumpía en las costuras del slip, pero los ojos de Víctor integraron en aquella llanura sus desnudas piernas y continuaron avanzando hasta divisar allá a lo lejos un pie desnudo que se cruzaba sobre otro que aún conservaba, calzado a modo de anillo de nubes, un blanco calcetín. Víctor sopló sobre ellas y se levantó de un salto. La habitación era un caos absoluto. Los funcionarios de la perrera municipal y la policía habían tenido mucho trabajo con Zeus para sacarlo del cuarto. Víctor no quería ni pensar en el día que el casero entrara allí y viera el negocio que había hecho alquilándole el piso a Gloria.

Sonó el telefonillo del portero automático. Nervioso y agitado, comenzó entonces una trepidante búsqueda de sus pantalones largos de franela por la habitación.

—¡Va, ya va! —gritó confuso—. Los encontró incrustados en la esquina del sillón, a los pies de la cama. Cuando estaba a punto de ponérselos, un fuerte olor a perro se desprendió de ellos. Víctor volvió la cabeza esbozando una mueca de asco y escupió. Sujetándolos por las trabillas, los sacudió con ambas manos y pequeñas nubes de pelos rubios y blancos comenzaron a desplazarse por la estancia, volando según la dirección del viento que se colaba por las rendijas de la ventana. Víctor, ante el espectáculo, se había olvidado por completo del timbre mientras se había ido llenando de pelos por todas partes. Volvió a oler los pantalones y, tal vez porque ya su nariz se había acostumbrado también a aquel olor, decidió que ahora sí era el momento de ponérselos.

Fue hacia la puerta, pero tras ella no había nadie. Sintió entonces bajo su pie descalzo un papel, un sobre que de otra forma habría pasado desapercibido, propaganda del Hostal Restaurante El Argentino, con un diez por ciento de descuento. Víctor cerró la puerta y se quedó frente a un almanaque con un San Sebastián que había allí colgado. Le dio también las gracias al santo y volvió a tumbarse en la cama, ya por fin toda para él.

Más tranquilo, cerró los ojos. Incluso barajó la posibilidad de volver a secuestrar al perro. Le había cogido cariño. Después, pensando en qué era lo que había fallado y cómo volver a dar el golpe perfecto, se volvió a quedar dormido.

Despertó al poco, maldijo su mala suerte y buscó por el lecho el calcetín que le faltaba para terminar de vestirse y salir a la calle.

En un anuncio fijado sobre una pared leyó «se necesita camarero hostel-restaurante El Argentino; carretera de Trida; excelentes condiciones» y anotó la dirección. Después continuó paseando hasta el puerto. Al pasar junto al puesto de los cupones, rebuscó en sus bolsillos y extrajo un décimo terriblemente magullado, con una desvaída ilustración de la serie *Arte Actual* que en otro tiempo había sido el *Accidente verde* de Warhol. No había nada que hacer, tampoco donde tirarlo, lo devolvió al bolsillo y decidió esperar algunos días más, por si se habían equivocado en el sorteo o el ciego había errado la combinación exacta al pasarla a la tablilla de premios o por si el décimo, con el ajeteo del bolsillo, decidía él sólo cambiar su numeración y disponer la que correspondía a un premio seguro.

18

De nuevo volvieron sus pensamientos al asunto del perro. Un buen negocio tirado por la borda, seguro, se dijo a sí mismo, y se abandonó en uno de los bancos del paseo. Allí lo encontró Gloria, una de sus cómplices en el asunto del secuestro. Llevaba semanas sin verla y ahora la volvía a tener delante de él, visiblemente alterada, avanzando y retrocediendo sin atinar bien cómo escupirle toda la ira que traía dentro

—¡Víctor, Víctor... llevo horas buscándote! He visto en el periódico lo del perro. ¡Estás loco, tío!, mira que dejarlo ir de esa manera. ¡Todo el curro tirado! Mis ilusiones, mis esperanzas... lo has tirado todo por la borda.

—¡Joder, Gloria!, ¿qué querías?, llevo la de Dios esperando. Me habéis dejado tirado como un melón podrido, ¿qué iba a hacer?, el puto perro se había hecho con el piso, si parecía

que el secuestrado era yo —dijo Víctor mientras agachaba la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada a aquella mujer de la que tal vez aún estaba enamorado.

—¿Y qué te han dado por él? ¿Porque algo te habrán dado! —volvió a espetarle Gloria llena de ira.

—¡Nada, nada de nada! Te lo juro —contestó Víctor sin levantar la cabeza, como un niño asustado

—Yo podría creerte, pero prepárate porque los otros no van a ser tan amables contigo —le dijo Gloria al oído y después desapareció de allí.

Víctor la vio alejarse, incapaz de retenerla, de articular alguna justificación, alguna palabra que la devolviera a su lado, dejó pasar el tiempo hasta que Gloria desapareció tras las vallas que daban acceso a la zona portuaria y se sumió de nuevo en sus pensamientos.

—¡Egoístas! Encima que yo me he comido el perro solito todo este tiempo, encima ahora me vienen con amenazas... Que si había gente importante metida en el ajo, que si no tenía que temer nada, que si solamente esperar con el perro... ¿Dónde han estado metidos todos esos este tiempo?

Víctor se palmeó las piernas, se levantó y echó a andar detrás de Gloria hasta el trasbordador. Estaban terminando de embarcar los coches y el capitán andaba por el puente dando las últimas instrucciones para zarpar. Después de buscar a Gloria infructuosamente por toda la nave, terminó por desechar la idea de encontrarla y se instaló en uno de los bancos exteriores a contemplar las montañas, con el Ekur al fondo, la más alta, allí donde se levantaba el radiofaro.

Escuchaba el ruido del mar embravecido por las heridas de blanca espuma que la quilla iba abriendo en la mañana hacia poniente y tratando de encestar en su boca una a una las palomitas aún calientes.

—Volveré al radiofaro, tal vez aún no sea demasiado tarde, no es un trabajo para todo el mundo, la gente no quiere trabajar en el radiofaro —se dijo, y fue entonces cuando advirtió entre

los coches embarcados uno negro en el que rebullía, buscando la salida, un animal grande que le pareció sin ningún género de duda su viejo compañero de cama, el mastín del heladero, el mismísimo Zeus. Víctor sintió como una opresión en el pecho y una gran congoja al ver allí sufriendo a quien había compartido con él tantas cosas durante aquellas semanas y decidió liberarlo.

Intentó, con todo el disimulo que pudo, abrir las puertas del coche y dar una respuesta final a los ladridos apagados que provenían del interior del auto, pero fue imposible, el coche estaba cerrado a cal y canto. Tanteó en sus bolsillos en busca de su pequeña navaja, pero tampoco esta le sirvió de nada. Buscó por la cubierta un alambre lo suficientemente rígido como para pasarlo entre el cristal ahumado y la puerta y poder abrir así el vehículo y fue en esta búsqueda cuando se vino a dar de bruces de nuevo con Gloria.

—Pero ¿qué haces aquí? —exclamó asombrada.

Desde luego hacía mucho que los buenos tiempos entre los dos se habían definitivamente acabado. Intentó acariciarle el pelo para calmarla, pero ella se apartó con un manotazo.

20

—No sé por qué me tratas así —dijo Víctor—. Os esperé durante días. Nadie apareció, me puse nervioso y me deshicé del animal como buenamente pude. Creo que para lo mal que lo hemos hecho no nos podemos quejar del desenlace, ahora mismo podríamos estar todos en la cárcel. Vuelvo al radiofaro.

—¿Al faro?, ¿y para eso tomas el barco? —le replicó Gloria.

—Necesitaba refrescarme las ideas. Salí a dar una vuelta, la verdad es que no sé cómo, pero me subí al barco —mintió Víctor—. Pensé que el aire del mar me sentaría bien. No imaginé que estarías aquí. Pero sí, voy a volver al faro o por lo menos voy a intentarlo, por mí que no quede. Mañana mismo, esta tarde, no sé... ¿y tú?

—Eres el mismo de siempre, Víctor, vacilante, indeciso, lo nuestro no habría salido bien —le dijo Gloria, que apenas había prestado atención a sus explicaciones—. Los tipos

como tú no llegan a ninguna parte. No merece la pena perder el tiempo contigo.

—Vuelvo al radiofaro. ¿Qué más te da? ¿Acaso no me habías dicho que después del golpe no volveríamos a vernos, que todo había acabado entre nosotros?

No le dio tiempo a decir más, alguien salido de la oscuridad o tal vez un golpe de mar o la misma Gloria, el caso es que Víctor se vio de pronto en el agua, intentando quitarse hasta los calcetines para no hundirse y cada vez más lejos del barco. Veía a Gloria en la popa, gritando algo como te lo dije, si obedecieras, tenías que esperar, sólo esperar, o tal vez yo te amaba, me preocupaba por ti.

Víctor tardó más de una hora en llegar a la costa. El corazón se le salía por la boca. Se tumbó en la playa y, tras vomitar varias veces una especie de papilla de maíz con agua salada, se quedó dormido. El sol calentó su tembloroso cuerpo y secó sus calzoncillos, la única prenda que había logrado salvar del naufragio. Nadie se percató de su indumentaria, ni del hecho de que había salido pero no entrado en el agua. Cuando despertó estaba rodeado de sombrillas y toallas por todas partes. Tenía un castillo de arena a los pies y sus dedos casi rozaban las murallas. Era mediodía. La playa hasta las trancas. Se incorporó y tuvo otro par de arcadas. Una señora le increpó.

—¡Borracho, cara de perro! Vete a tu casa a dormirla, so guarro.

Víctor se levantó como pudo y comenzó a andar en dirección a la ciudad, el paseo marítimo quedaba lejos, pero de aquella guisa podía llegar casi hasta el apartamento sin llamar mucho la atención. Media hora después el paseo también rebosaba de bañistas que iban y venían entre el mar y los pisos de la primera línea de playa. Víctor se paró frente a un escaparate para mirarse y no, no tenía cara de perro, tenía cara de muerto. Al menos por la cara no iban a poder nunca relacionarlo con el secuestro de Zeus. Se dirigió hacia la fila de puestos de ropa que jalonaban la zona y que a esa

hora estaban en plena ebullición y, como quien no quiere la cosa, se colocó un pareo, comenzó a hacer filigranas como si quisiera saber si le quedaba bien y desapareció de allí, calle arriba, hacia su apartamento.

Por el camino se fue entreteniendo con nuevos pensamientos... Se cayó, le empujaron... ¿Fue Gloria?, ¿los socios de Gloria?, accionistas como él en el secuestro. El problema es que esa era una tarea bien ardua, sobre todo porque Víctor nunca les había visto la cara. Todo el asunto de Zeus se había llevado en el mayor secreto, coordinado por Gloria y con las tareas muy definidas. A él le tocaría entrar en acción tras el secuestro del perro, cuando Gloria apareciera con el can en el apartamento. Su trabajo a partir de entonces y hasta que se cobrara el rescate era retener al animal. El plan no podía ser más fácil.

A medida que se acercaba a su apartamento, otros pensamientos empezaron a cruzarse con los del secuestro.

—Volveré al radiofaro —se dijo—. Hablaré con el inspector central si es necesario. Allí estaré seguro, allí no puedo caer al mar, aunque podrían despeñarme, pero el caso es que tampoco tengo ningún otro lugar a donde ir, así que a Tri-da. Tengo que darme prisa, tengo que recuperar mi trabajo. Seguro que aún no tienen a nadie —y repitiéndose a sí mismo esta letanía continuó andando, perdiéndose entre los bloques que se arracimaban frente a un mar que apenas se veía desde alguno de ellos.

Su cabeza hervía, rebullía allí un caldo concentrado de pensamientos donde a ratos era fácil ver algún trozo de perro, a ratos el rostro de Gloria, en otras ocasiones la cara del policía que le tomó declaración, el rostro del casero o unas sombras informes que le llenaban de inquietud.

Mascullando estos y otros pensamientos, llegó al bloque donde Gloria había alquilado semanas atrás el apartamento para el asunto del secuestro.

Subió las escaleras y escudriñó en el sitio de costumbre, entre las hojas del pote que el casero tenía colgado junto a la puerta. Sus dedos no tardaron en dar con la llave.

Entró. Se quitó el pareo y se fue directamente al cuarto de baño. Abrió el grifo del agua caliente. No funcionó. Abrió el grifo del agua fría. Un hilito desfallecido comenzó a salir por el teléfono de la ducha y Víctor corrió a aplicárselo sobre la cabeza, cerrando los ojos y untando su cuerpo con una descolorida pastilla de jabón que había despegado del suelo de la bañera. El agua arrancó de Víctor un par de convulsas estremecidas, pero después se acostumbró a ella y comenzó a disfrutar de la sensación que le producía aquel tosco jabón sobre la piel. Su pensamiento comenzó a volar, a pensar en otros días más felices junto a Gloria, junto a la piel de Gloria, dentro de Gloria... y poco a poco fue adquiriendo también el aspecto de un golem, un monstruo de barro parduzco. El agua continuaba saliendo con muy poca presión y el jabón producía demasiada espuma. Decidió sentarse dentro de la bañera antes de que se produjera la catástrofe definitiva y comenzó una paciente tarea de restauración sobre su piel.

Después de media hora se encontraba dándose un baño de espuma, se olvidó del agua, del teléfono de la ducha y cerró los ojos. Volvió a abrirlos sobre un campo de nubes, a lo lejos sus pies evocaban la forma del Ekur, la gran montaña donde estaba instalado el viejo faro. Sopló sobre la espuma y algunos fragmentos deshinchados de aquel día volaron hacia sus pies, posándose ligeros sobre un dedo.

Después de secarse con una pequeña toalla tiesa y rasposa, salió del baño. Hurgó entre las sábanas, normalmente cabía la posibilidad de encontrar allí unos calzoncillos aún en buen uso, descolgó de la lámpara un par de calcetines secos. Volvió a mirar, ahora debajo de la cama. Sí, allí estaban, un par de zapatos de cordones que no había destrozado Zeus. El resto de la escasa ropa que había traído al apartamento aún permanecía en el armario, otros pantalones grises de franela, una camisa blanca y una chaqueta de pana inglesa, negra y raída por el tiempo. Se enfundó en ella. Recogió el dinero que le quedaba, una mochila, el resto de las provisiones que Zeus no había devorado, su saco y su vieja tienda de campaña

y volvió a salir en dirección a la central de autobuses que se encontraba en las afueras.

A lo largo del trayecto aprovechó para hacer autostop, sin suerte, hasta llegar a un cruce, ya cerca de la estación, donde se paró a curiosear en un chamizo donde se vendía cerámica artesanal. Le llamó la atención la magnífica factura de las piezas, y así se lo dijo al viejo vendedor que, por gestos, le indicó que era mudo, y con grandes aspavientos, señalándose a sí mismo, y haciendo como que giraba un torno para a continuación volver las manos sobre sí, le agradeció su buen gusto.

Allí vio pasar, cuando ya se le estaba haciendo peligrosamente tarde para alcanzar el autobús, un enorme rebaño de ovejas que bajaba como una riada en dirección al matadero municipal. Entre el ruido de miles de balidos, pudo ver como el pastor se acercaba al vendedor de cerámica y, con gestos poco inteligibles para él, mantenían una conversación que debía tratar sobre las ovejas, o sobre verse en algún momento, pues estaba claro que entre ambos hombres existía una palpable corriente de afecto.

24

Las voces del hombre se fueron apagando, de nuevo eran los motores de la ciudad los que restauraban su imperio. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Víctor al pensar en la negra suerte de aquellos animales. Recordó sus viejos pantalones de franela, el décimo... Él sí que tenía suerte, sí, la suerte era lo que estaba de su lado, porque el autobús se alejaba ya por la carretera de Trida, mientras paraba a su lado un coche negro y el conductor bajaba la ventanilla.

—¿Subes? Voy a Ulro —le dijo el extraño, como si lo conociera de toda la vida.

—Sí, muchas gracias, muy amable. ¿Subiré por la carretera de Trida?

—Sí, claro, es el camino más corto, no voy a dar toda la vuelta a la isla. ¡Vamos, por mi reloj ya se me ha hecho tarde!

—De acuerdo entonces. ¿Me podría dejar unos kilómetros antes de Trida, en el camino que asciende al monte Ekur?

—¿Vas al faro?

—Sí, bueno, no es exactamente un faro. La gente lo llama así por la forma y porque se aprovecharon las ruinas de una vieja torre para instalar la caja de luces, pero en realidad lo que hay allí es un dispositivo que envía ondas hertzianas a la antena que corona la cámara de señales y que sirve de orientación a los aviones.

—¡Un faro, vamos!

—En cierto modo, un faro, sí. Allí voy, voy pero no sé si me quedaré, si podré quedarme, todo depende de muchas cosas. Ya veremos —terminó de balbucir Víctor y agachó la cabeza, como arrepentido por lo que había dicho o tal vez por lo del secuestro, o por haber dejado el radiofaro, o por las tres cosas juntas. El silencio no duró mucho.

—Tengo que desviarme, será cosa de un momento, unos kilómetros más allá. Espero que no te importe. Serán sólo unos minutos. Recoger un encargo. No tardaré.

—Está bien —contestó Víctor.

El coche comenzó a aminorar la marcha al dejar atrás unos carteles que indicaban un próximo desvío a la derecha. «Urbanización Yama-Tamas.» Un reducto fuertemente amurallado donde solía veranear lo más granado de la sociedad de Maya. Millonarios y gente así que habían conseguido el privilegio de disponer de playa privada junto a sus mansiones. El coche se deslizó por la carretera secundaria, atravesando altos muros de piedra, coronados con macizos de hiedra sobre los que despuntaban pinos, palmeras y otras especies arbustivas. Poco después se cruzaron con un coche de una empresa de seguridad privada.

Víctor, nervioso por el contratiempo, se rebullía en el asiento. Pidió permiso para bajar la ventanilla. Avanzaron unos cientos de metros más, el coche giró a la derecha y se detuvo frente a una gran verja de hierro colado.

—Será un segundo, chico, no te preocupes —el hombre bajó del coche y llamó a un timbre situado en el quicio del muro, justo debajo de donde parpadeaba una luz roja o una

esfera que Víctor creyó identificar como una minicámara de vigilancia. Un hombre vestido con chaqueta y pantalón vaquero llegó poco después.

—Hola, buenas. Soy Herodes, Herodes Search, de AIQB abogados, de Ulro.

—Un instante, por favor... —El hombre de los vaqueros entró en una casetilla, disimulada tras el muro, y descolgó el teléfono.

Unos minutos después, la verja comenzó a abrirse lentamente, emitiendo un monocorde sonido metálico, y Herodes volvió al auto.

—Vamos allá.

El coche avanzó por un sendero de gravilla flanqueado de árboles ceñidos por un luminoso césped, que apenas dejaban ver la mansión del fondo. Los balastillos crujían bajo las ruedas que, al llegar frente a una explanada que se extendía delante de la fachada principal, se detuvieron a la orden de otros dos hombres.

—¿Herodes Search? Se le dieron instrucciones para que viniera solo. El señor le espera. Acompáñenos.

—Chaval, quédate aquí y no se te ocurra salir del coche. Hay cámaras vigilándote por todas partes.

Víctor vio perderse a los tres hombres por un acceso lateral de la casa. Miró a su alrededor; «orden absoluto, como les gusta a los ricos», se dijo, y echándose hacia atrás en el asiento suspiró. Estuvo un rato mirando el techo del vehículo. Hasta entonces no había reparado en la suciedad del mismo. A decir verdad, el coche entero era una roña. La tapicería estaba medio arrancada, llena de agujeros, como si en un ataque de hambre los viajeros hubieran decidido comerse el coche. Había pelos por todas partes, costras resacas de espuma, manchas indefinidas de todas las formas y colores.

Se incorporó, miró el suelo, el espectáculo no era mucho mejor. Las esterillas habían perdido su forma original. Ahora eran un ovillo lleno de tierra, barro apelmazado, colillas, y en la parte de atrás el espectáculo no era mejor, papeles, latas,

trapos, botellas vacías y otras cosas que Víctor no quiso ni pensar. Un auténtico estercolero que, al recalentarse con el sol, comenzó a esparcir un fuerte y desagradable olor que le dejó pensativo y meditabundo.

Su embeleso duró poco. Un fuerte impacto sobre el cristal de la ventanilla por poco lo mata del susto. Cuando giró la cabeza, vio al menos tres perros que pugnaban por entrar en el coche y zampárselo.

—Buenos días, señor Conejo—dijo Herodes.

—Llega con quince minutos de retraso, ¿olvidó darle cuerda al reloj? Dígales a sus jefes que no me gustan los recaderos impuntuales.

—Disculpe, señor, no volverá a ocurrir —se excusó Herodes.

—Se me hace tarde —dijo el señor Conejo, dejando sobre la mesa su taza de té junto a un plato de jamón curado y otros alimentos en conserva—. Aquí tiene el sobre que tiene que entregar a su jefe. Es personal, no lo olvide, le va la vida en ello —y tomando de nuevo la taza de té le espetó indignado—: ¿qué espera, pasmarote?

—Buenos días, que tenga un buen día.

Herodes desapareció del jardín trasero de la casa, volviéndose a cada instante hacia el millonario y haciendo unas ridículas y teatrales genuflexiones que nadie se tomó la molestia de responder.

Escoldado por los dos hombres, continuó hasta el coche, donde tres grandes mastines blancos arañaban la puerta, los cristales y hasta la luna delantera. Los animales ladraban como posesos queriendo entrar en el coche. Herodes se detuvo y un sudor frío empezó a correrle por el cuello. Los dos hombres se abalanzaron sobre los perros y con órdenes secas y tajantes consiguieron alejarlos de allí.

—¡Joder!, era a perro, huele a perro, a sudor de perro mezclado con gasolina —se dijo Víctor.

Herodes apresuró el paso hasta el auto. Subió, arrojó en el asiento de atrás el portafolios donde había guardado el sobre que le había dado el señor Conejo y con las llaves temblando sobre el contacto arrancó.

Después de dar la vuelta con el coche, enfiló el camino de grava. La verja tornaba a abrirse a su paso y el vehículo se incorporó a la carretera a toda velocidad.

—¿Te he dicho ya que me llamo Herodes? Bonito nombre, ¿a que sí? Es una tradición familiar, el nombre de todos los primogénitos de la familia Search. Mi abuelo fue secretario de un famoso abogado de la isla y mi padre, administrativo en el Ayuntamiento de Ulro. Yo sigo la tradición familiar, estudié derecho, aunque nunca terminé la carrera, bueno, la verdad es que me quedé en primero. A pesar de ello no escapé al sino de la familia y trabajo en AIQB, un bufete de abogados dedicado fundamentalmente a solucionar pleitos sobre lindes afectadas por la ley de costa, terrenos baldíos, tierras comunales y fincas, en definitiva, problemáticas. Nuestra tarea es básica en el desarrollo sostenible de la isla, gracias a nosotros las inmobiliarias encuentran allanado el camino en sus problemas con la Administración en temas de terrenos urbanizables. Nada de penal, eso es muy fuerte para mis jefes, no les llegan las fuerzas, ni el estómago, ni la conciencia para defender auténticos asesinos —continuó Herodes, su monólogo elogioso que venía a ser algo así como el canon a pagar por el viaje—. Esa calaña no es para nuestro bufete. Mis jefes van a lo práctico y yo les muevo el agua. Es cuestión de estar atento a las demandas del mercado, conocer gente que quiere hacer buenos negocios y no descuidar al político de turno, ¡que habrá que untar a base de bien! —Herodes se echó a reír maliciosamente—. Siempre por el buen gobierno y el bien del pueblo, claro. Los agentes inmobiliarios, al menos, escuchan nuestros consejos y, aunque su rapacidad es mucha, se avienen a razón y no hay sangre, a lo más, algún trozo de monte que tiene que salir ardiendo de vez en cuando, pero

bueno, ahí tienes a los políticos de todo pelaje, llevan treinta años diciendo que van a sacar una ley, que eso se va a acabar, que si patatín y patatán, pero lo cierto es que nadie mueve un dedo porque nadie tiene nada que ganar con leyes como esa. En este negocio, chaval, está pringado hasta el rey, así que ya me dirás quién va a hacer una ley que perjudica hasta al mismo rey.

—Bueno, yo no tengo mucho interés en salir ardiendo —murmuró Víctor.

—Hay que mirar al progreso de frente, chaval, ¡de frente!

—Vale, vale —exclamó Víctor—, pero no me dé órdenes, pare y me bajo, yo no me he subido para que me dé órdenes ni me diga cómo tengo que mirar nada. Si quiere quemar un monte, adelante, pero déjeme a mí en paz.

—No te enteras, hombre, yo no quemo nada, yo evito que otros le metan fuego al planeta para después parcelarlo. Yo estoy de tu lado, chaval. ¡Un ecologista!, eso es lo que soy. No te enfades, hombre. No te enfades. Mira, te invito a comer, se hace tarde y todavía tenemos mucho viaje por delante hasta Trida.

29

En los postres, Víctor se disculpó, intercambió unas palabras con un camionero que salía del lavabo y, dejando a Herodes removiendo el café, salió con sus bártulos hacia el camión. «Mis veinte chiquillos», ponía en la visera. Víctor lanzó una sonrisa cómplice al camionero, que se encogió de hombros y arrancó tronante por encima de la brea, monte arriba. El camionero encendió un puro y pronto la cabina se llenó de un humo espeso que se le enroscaba en la garganta y apenas le dejaba respirar. Víctor enrojeció, tosió y finalmente sacó aire de donde pudo para rogarle al camionero que parara y le dejara bajarse.

—Estoy completamente mareado, perdone, siga sin mí, ya me las apañaré solo. Muchas gracias por traerme hasta aquí.

Casi se podía ver el Hostal Restaurante El Argentino, el lugar donde había comido invitado por aquel grotesco tipo.

Podría volver allí, poner cualquier excusa y continuar viaje con él, pero la fatiga y el cansancio decidieron que se apartara un poco de la carretera, buscara un trozo de tierra estéril y levantara su tienda.

Los jalones se hundieron en la tierra, se estiraron los vientos y, cuando todo estuvo dispuesto, Víctor se introdujo dentro de ella y se echó a dormir. El viento cruzaba la parda llanura, silenciosamente, arrastrando botellas vacías, papeles de sándwiches, pañuelos de seda, cajas de cartón, colillas de cigarros y otros testimonios de noches estivales. El frío atravesaba la fina lona de la tienda y se agarraba a la espalda de Víctor, sacudiendo sus huesos y trayéndole al oído risas apagadas de otros tiempos, blancos cuerpos desnudos sobre la tierra, blancos cuerpos abandonados en una fría buhardilla de techo bajo, sacudidos sólo por el amor.

Unas tormentas al final de la tarde le sacaron de su sopor, comenzó a llover torrencialmente y la tienda dejó de ser un lugar seco y conveniente para permanecer en él. Recogió la mochila y volvió al hostel. Cuando entró, su chusco benefactor seguía sentado en la misma mesa donde lo había dejado horas antes.

Al ver a Víctor, lejos de sorprenderse, lo llamó jovial haciéndole gestos para que volviera a sentarse junto a él.

—¡Joder, cómo vienes!, anda, pide una toalla por ahí. ¡Eh, camarero, una toalla! ¿Tienes una toalla por ahí? Mira cómo se ha puesto el chaval. ¡Búscale algo por ahí para que pueda secarse!, anda, hazle el favor a Herodes aunque me lo pongas también en la cuenta. ¡Ah, y tráeme a mí un coñac, que yo también voy a secarme! —Herodes miró a Víctor que seguía de pie y se rió de su chiste. Después, volvió a insistirle a Víctor para que se sentara. Víctor se sentó.

—Claro que yo no estoy mejor, ¿sabes? El puto coche, chaval —exclamó Herodes—, que con la lluvia o con lo que sea no ha querido arrancar y aquí me tienes, esperando a un mecánico, ¡tres horas esperando a un mecánico! Si es que yo

tenía que haber sido mecánico. ¡Mecánico joder, mecánico! —gritó dando golpes con el dedo índice sobre la mesa mientras miraba a Víctor—, en vez de andar perdiendo el tiempo entre papeles por cuatro miserables duros —y dicho esto, alargó el brazo hasta Víctor y le palmeó el hombro izquierdo—. Que sí, joder, que tienes frente a ti a un ecologista, no le des más vueltas —le susurró acercándose a él todo lo que pudo mientras con su barriga mordía el borde la mesa.

La luz se iba y la noche comenzaba a proyectar sus sombras sobre las paredes del establecimiento. Herodes, desinflado por la espera, pidió un cuarto para pasar la noche. Víctor se adelantó a cualquier ofrecimiento diciéndole que volvía a la tienda. Había dejado de llover. —Mañana continuaremos camino, si es que alguien acude a arreglar el coche.

—Buenas noches. Que descanses. Adiós.

Un coche que serpenteaba entre el baldío y el hostal estuvo a punto de atropellarlo.

—¡Menos mal que iban despacio!, por poco no lo cuento, si es que van dormidos —suspiró para sí.